



PERDIDA

sobre el CAMINO ROMANO

Busqué paz por 33 años

Y.A.H.

PERDIDA sobre el CAMINO ROMANO

Busqué paz por 33 años...

Yo tenía 12 años cuando comencé a pensar en Dios seriamente. Pasó después de leer literatura religiosa que alguien había puesto entre los libros de la biblioteca. Algunos de los folletos hablaban del pecado y el regreso de Dios a la tierra para juzgar a los pecadores.

Esta idea no me gustaba porque yo sabía que las mentirillas, el hacer trampas de vez en cuando, el tomar cosas que no eran mías y el contestarles a mis papás eran pecados. Peor aún, Ezequiel 18:4 me decía que *“el alma que pecare, esa morirá”*. Era claro que Dios no sería santo si permitiera que alguien contaminado con el pecado entrara a su presencia [Hab 1:13], así que yo estaba consciente de que iba al Infierno por ser pecadora.

¿Mi respuesta? Decidí que necesitaba resolver el problema de mi pecado si quería escapar de la ira de Dios. “Debería ser fácil obedecer los mandamientos de

Dios si me los aprendo”, concluí. ¡Qué error! Al apuntar cada mandamiento que encontraba en mi Biblia y lo añadirlo a mi lista de obligaciones, me frustraba darme cuenta de que no podía pasar ni la mitad del día, mucho menos TODO el día, sin pecar de una manera u otra.

¡Y el mandamiento imposible de cumplir era Deuteronomio 6:5! *“Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas”*. ¿Cómo podría yo amar a Dios con TODO mi corazón y TODA mi alma y TODAS mis fuerzas como Él manda?

Yo sabía en mi corazón que nunca podría alcanzar la perfección que Dios parecía requerir de las personas, pero a la vez sentía que era un asunto de vida o muerte. ¿Quién quiere enfrentarse a un Dios ofendido cuando muera? Seguí buscando paz, pero aunque muchas personas ahora me consideraban una persona seria y devota, sentía que el abismo que me separaba de Dios se abría más y más.

Cuando llegué a la adolescencia comencé a asistir a las reuniones de una iglesia local. Mi maestra de la escuela dominical, la

señora J., me dijo que lo único que tenía que hacer para ser salva era confesar que yo era pecadora, creer que Jesús había muerto en la cruz por mi pecado y pedirle que entrara a mi corazón. Como admiraba la seguridad que ella tenía de su propia salvación, un domingo acepté encontrarme con ella después del servicio de la noche para hablar de la preocupación que yo tenía sobre mi alma.

Ese domingo en la noche, a pesar de mi intenso deseo de tener paz, me encontré resistiendo el apremio de ser salva. Pero ella fue persistente y me leyó varios versículos conocidos como “el Camino Romano”. Cuando llegó a Romanos 10:13, el último versículo en la serie, me instó a que le pidiera a Jesús que entrara en mi corazón. Primero me resistí, pero con lágrimas de vergüenza por mostrar tal inusitada rebeldía, finalmente me arrodillé y oré con ella.

En ese momento la señora J. me abrazó felizmente y me declaró “salva”. Me dijo que les dijera a todos mis conocidos acerca de lo que yo había hecho. Pero dos días después yo estaba llena de dudas. ¿Me había arrepentido lo SUFICIENTE?

¿Había dicho las palabras correctas en mi oración? ¿REALMENTE quise decir todo lo que había orado?

Cuando le conté de estas dudas a la señora J., ella me advirtió: “El diablo simplemente está intentando arruinar tu gozo y tu confianza. Escribe la fecha del domingo pasado en tu Biblia y cuando tengas dudas, recuerda lo que hiciste esa noche”. Luego me dijo que pasara al frente la siguiente vez que hicieran un llamado al altar en un servicio, como confesión pública de mi fe, y que me bautizara en cuanto tuviera la oportunidad. Lo hice, pero mis inquietudes acerca de mi alma todavía existían. Me faltaba paz más que nunca.

Yo hacía oraciones que encontraba en libros y tratados cristianos en caso de que me hubiera faltado alguna frase esencial en mi oración de salvación. Leí docenas de tratados cristianos y firmé en las líneas indicadas para recibir supuestamente la salvación, pero persistía el sentimiento ineludible de que estaba perdida. Y de hecho, lo estaba.

Los años pasaron, y luego las décadas. Finalmente, un día en 1989, estaba oje-

ando la Biblia buscando algo interesante para leer cuando mis ojos cayeron sobre los últimos versículos de Isaías 52. Los versículos eran raros, pero me atraían. Seguí leyendo hasta el capítulo 53, cuando de repente los versículos 5 y 6 me pararon en seco.

“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”.

Había leído esas palabras en otras ocasiones, pero ¡ahora tenían sentido! Supe de inmediato que el capítulo se refería al castigo que Jesús había soportado en la cruz por mis pecados. Latigazos que yo merecía habían herido SU espalda en lugar de la mía. Él fue golpeado y herido por MI pecado. El castigo que Él voluntariamente soportó hizo posible que yo tuviera paz con Dios en vez del Infierno que yo merecía.

Por fin las piezas del rompecabezas estaban cayendo en su lugar. Yo sabía que un

Dios justo y santo no podía castigarme a mí Y a Jesús por mi pecado. Así que en un instante, Dios me dio eterna paz basada en lo que hizo JESÚS, no en algo que yo hubiera hecho. Mi oración de “palabras mágicas” que había repetido con mi maestra de la escuela dominical había sido tan falsa como si hubiera repetido las palabras de algún hechizo mágico, y por eso nunca me dio paz. Yo estaba basando mi salvación sobre MÍ – mi oración, mis lagrimas, mis sentimientos, haber pasado al frente, mi bautismo – YO, YO, YO. Ahora veía que la salvación depende de confiar en lo que hizo JESÚS.

LA BASE DE MI SEGURIDAD

Dios nunca compartirá el mérito de la salvación con alguien que no sea Jesús. Mi parte era simplemente creer que Él había pagado mi deuda y confiar que Dios sería fiel a sus promesas [Heb 11:6]. Me tomó 33 años para creer esta sencilla verdad. ¡Paz indescriptible!

Mi gran preocupación es por usted, estimado lector. ¿Está confiando en algo que USTED hizo en cierta fecha en vez de confiar en lo que ÉL hizo en ese día histórico? ¿Está confiando en la ocasión

cuando USTED pasó al frente o está confiando en cuando ÉL fue a la cruz y su muerte allí por usted? Si está confiando en algo que no es la preciosa sangre de Jesús, usted está en el camino equivocado, y las constantes dudas son señal de un enfoque equivocado [Jn 14:27; Fil 4:7; 1 Jn 5:10-13].

Creer que Dios simplemente quita los pecados en respuesta a una oración pasa por alto la cruz y el propósito de la muerte de Jesús. Un Dios de justicia y santidad no puede ignorar el pecado hasta que se haya pagado el precio por completo. Los pecadores son incapaces de pagar sus propias deudas porque están espiritualmente muertos [Ef 2: 1-5]. Por esta razón Jesús voluntariamente tomó el lugar de los pecadores y llevó el castigo por su pecado. No hay nada más que podamos hacer, sólo creer.

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” [Ro 5:8].

Dios en su justicia puede aceptar a los pecadores que ponen su fe en la muerte de Jesús porque Él ya derramó su ira so-

bre su propio Hijo, ¡como si Jesús mismo hubiera cometido esos pecados! El clamor victorioso de Jesús “¡CONSUMADO ES!” declaró que Él había completado el plan de redención por el cual los pecadores podrían ser salvos simplemente confiando en su obra en la cruz [Jn 14:6].

¿Cómo podemos estar seguros de que Dios quedó satisfecho con la muerte de Jesús por nosotros? Dios lo levantó de los muertos – algo que jamás habría hecho si Cristo hubiera tenido algún indicio de pecado. Y, gracias a Dios, ¡nada puede anular lo que hizo Jesús! ¡Ese es el único fundamento de una fe inmovible y una paz duradera!

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” [Ef 2:8,9].

Aunque las buenas obras nunca pueden ganar la salvación, la salvación siempre cambia la vida de un creyente y produce santidad. Un verdadero creyente nunca abandonará la fe [Ro 8:29,30; Mt 7:17-23; 1 Jn 2:19].

“¡CONSUMADO ES!”

“¡Consumado es!” ¡Qué dicho!
Nada tengo que hacer.
En su sangre derramada
mi perdón puedo tener.

“¡Consumado es!” Dios dijo:
nunca su ira veré.
Su Espíritu en mí vive,
por su gracia soy de Él.

“¡Consumado es!” El Hijo
exclamó en triunfante amor.
En su gracia soy acepto;
quita todo mi temor.

“¡Consumado es!” ¡Grandioso!
Sobre el mal Jesús venció.
Vida eterna prometida,
esperanza me impartió.



“¡Consumado es!” El logro
pronunció el Vencedor.
Satanás, pecado y muerte
con su sangre derrotó.

“¡Consumado es!” ¡Seguro!
Nadie me puede acusar.
Cristo hizo el pago eterno,
satisfecho Dios está.

“¡Consumado es!” ¡Victoria!
Estocada a Satanás.
Tengo ya garantizado
que resurrección habrá.



Y.A.H.